

PRÓLOGO

ALBERTO MARINA CASTILLO

De los brumosos tiempos de pandemia provienen en definitiva estos textos: el seminario «Hablaba con las bestias, los peces, los pájaros... ¡y las flores! Aproximaciones filológicas a la historia natural» se celebró necesariamente *online* en la primavera de 2021 al amparo de la Facultad de Humanidades de la Universidad Pablo de Olavide. Aprovechábamos entonces para el ciclo el título famoso de Konrad Lorenz, que tan efectivamente caracteriza y hasta caricaturiza al etólogo vienés y que ligeramente adulterado da nombre a este volumen de Athenaica. El libro se ve enriquecido ahora por el epílogo de nuestro admirado Francisco Ferrer Lerín, pionero de la ornitología en España, infatigable paladín de las aves necrófagas y su reino, el muladar, tahúr, poeta plagiado antes de tiempo, sin par bloguero que escribe a tumba abierta, príncipe del arte casual. No todo espanta, pues, de aquel año nuestro y como remotísimo de la peste, del que salieron también cosas como éstas, que en el recuerdo de los conferenciantes —y acaso también del público al otro extremo de las pantallas— brillan como talismanes o balizas que iluminaran ciertos ámbitos en la imprecisa memoria de aquellos días difíciles.

Nadie mejor que el arriscado polímata, autor de piezas como *Corvus corax* y de la novela *Familias como la mía*, pero también traductor de *Le hasard et la nécessité* de Jacques Monod y censor de especies, para ponerle el broche a un libro de corte eminentemente ecléctico cuyos autores reivindicán, por así decirlo, el hermanamiento efectivo de esas disciplinas que, desde un concepto chato de la universidad y del conocimiento, se ha

tendido y se tiende torticeramente a situar en bandos enfrentados: ¿Eres de ciencias o de letras? Demasiado a menudo se ven nuestros estudiantes asaltados por tan insidiosa cuestión, que nace del error y perpetúa una innecesaria e indeseable escisión. Este afán, desde luego, no es novedoso, alineándose con un discurso que hoy día abanderan intelectuales que nos interesan tanto, como Martha C. Nussbaum, Camille Paglia o el añorado Nuccio Ordine (*La utilidad de lo inútil*), y parte de una tradición que reúne a Goethe y el ginkgo; a Emily Dickinson y el cuidado que puso en prensar los delicados especímenes de su herbario; a Jünger y los coleópteros; a Popper y Parménides; al sabio Versnel, que visita el Sur como miembro de un jurado que habrá de valorar los méritos de una tesis sobre religiones antiguas y aprovecha la ocasión para ver pájaros en Doñana¹; o a William Carlos Williams, que redondea uno de sus versos trimembres una madrugada en que una urgencia ginecológica lo ha sacado de la cama, en una estampa que reproduce siquiera inconscientemente el gesto de aquel eminentísimo Galeno que en el siglo II escribe, entre otros opúsculos ensayísticos, *Que el mejor médico es también filósofo...*

No será novedoso, aunque quizá sí urgente este afán nuestro en un panorama educativo e intelectual en que ese fructífero paradigma que vincula la obra de Plutarco o Lucrecio con la de Desmond Morris o Gerald Durrell parece más que nunca vulnerable. Partiendo de nuestros intereses como investigadores (a menudo en el cruce de caminos entre la zoología y la botánica y la filología y la traducción), advertimos la necesidad colectiva de abonar la reflexión, primeramente y en términos generales, sobre esa separación hasta cierto punto artificial y, en segundo lugar, sobre aspectos concretos de la relación que —puertas

1. Debo estas informaciones a la profesora Elena Muñiz Grijalvo, autora de la tesis en cuestión: *Sentir y experimentar el cambio religioso: la cristianización del sentimiento religioso pagano*.

adentro— se establece de continuo entre disciplinas dispares. En un artículo sobre pájaros en la Antigüedad escribí hace nada: «A los alegatos contra el indeseable divorcio de las ciencias humanas y de la naturaleza, se agregan los no menos esclarecedores estudios particulares donde eso que se conoce hoy como interdisciplinariedad retoma el sentido acendrado e inviolable de la *humanitas*: revelando por medio de la ornitología, en casos como este —y doy solo un par de ejemplos relacionados con los pájaros y los antiguos—, aquí una posible interpolación en Sófocles, allí la autenticidad del fresco de los gansos de Meidum. Y no hay temas menores, que no puedan conducir a grandes cuestiones morales: la observación del comportamiento del ganso y otras criaturas llevará a Lorenz a preguntarse: *Haben Tiere ein subjektives Erleben?*». La frase —«¿Gozan los animales de una experiencia subjetiva?»— da título a un famoso ensayito de nuestro naturalista, que aplaza la respuesta y exclama: «¡Si pudiera responder a esa pregunta, resolvería de un plumazo el dilema cuerpo-alma!».

Desde tiempo inmemorial —como señalara el gran D'Arcy W. Thompson en su hermoso ensayo *Science and the Classics*— caminaron de la mano Ciencia y Humanidades. Pero la brecha existe, a qué negarlo. En un ensayo justamente célebre, Isaiah Berlin reconsideraba esa tensión entre las ciencias llamadas naturales y las del espíritu (*Natur-* y *Geisteswissenschaft* respectivamente) o humanísticas, que daría comienzo con Giambatista Vico y no ha menguado desde entonces. El sabio oxoniense hablaba allí de *divorcio*². Ahora bien, como sentenciara Groucho Marx, nadie ignora que la principal causa de divorcio es el matrimonio. Es decir, que dicha tensión acaba dando sus frutos y aviva, en el mejor de los casos, el debate. Repasen, si no, los pormenores del llamado escándalo Sokal —gracias, sobre todo, a aquel título glorioso: *Imposturas intelectuales*— y verán.

2. Se trata del espléndido ensayo de Berlin «The Divorce between the Sciences and the Humanities».

Esperemos que éste constituya uno de esos casos en que dicha tensión se revela fructífera. Los textos aquí reunidos se centran en la relación necesaria entre palabra y ciencia, abordando interesantes aspectos traductológicos y filológicos que emanan de mundos tan dispares como el de las aves de la mitología griega, el círculo de Bloomsbury, la terminología ictiológica de las costas y los puertos pesqueros de Andalucía o las aves parlanchinas. El abordaje, por así decirlo, se perpetra desde el ámbito de las Humanidades. Pero si hablamos de *abordaje* y hasta de *asalto* es porque nos reconocemos en las palabras de Séneca a su Lucilio cuando confiesa, como estoico, que bebe sin prejuicios del contrincante Epicuro: «pues suelo pasar al campamento enemigo, no como desertor, sino como espía» (*soleo enim et in aliena castra transire, non tamquam transfuga, sed tamquam explorator*, según el texto de las *Epistulae morales* 2.5). Repasemos brevemente la nómina de los *exploratores* aquí implicados, de éstos que Socas, en su traducción, llama espías:

A nadie cuadraría mejor el epíteto *rara avis* que a Míriam Librán Moreno, pues si difícil es hallar a una filóloga que se desenvuelva con idéntica solvencia en las lenguas de Esquilo y de Virgilio, aún más singular resulta quien baraja tamaña erudición con la propia de una aguerrida *birdwatcher*... ¡y más allá de Inglaterra! Debo reconocer que, compartiendo aficiones, le consulto como si lo hiciera a los oraculares Thompson y Arnott. Suyos es, por méritos propios, el capítulo inicial, donde se aúnan para colmo el conocimiento del mundo antiguo, su literatura y sus pájaros, y el talento narrativo o, por decirlo en términos más acordes a la materia tratada, fabulístico.

De Miguel Cisneros Perales, que ha traducido *Some Flowers* de Vita Sackville-West, podría rememorar tantas aventuras compartidas..., pero en un lugar como éste, y dejando a un lado su minucioso estudio de los sifonápteros o cómo *Panthera tigris* selló para siempre nuestros destinos, sin duda viene a cuento aquel día ya lejano en que me mostró, tan generoso como

siempre, sus avances en el mundo de la flora imaginaria de Edward Lear. Si aún no han tenido el gusto de leerle, comprenderán con su capítulo sobre flora y traducción que es su risueño espíritu indagatorio lo que hace que no llegue a pesarnos su enciclopédico bagaje intelectual.

Mercedes de la Torre García es la filóloga responsable —junto con el biólogo Alberto M. Arias— de ese monumento de la ictiología, ese tesoro lexicográfico que es su *Ictionimia andaluza: nombres vernáculos de especies pesqueras del «Mar de Andalucía»*. El capítulo de la profesora De la Torre nos hace pensar en eso que ciertas corrientes pedagógicas al uso consideran un mal casi equiparable al libro: la lección perfecta, la clase que uno desearía recibir.

Bajo el noble ideal laten las aficiones de cada cual. Si lo permiten nuestros editores —que ya han dado sobradas muestras de paciencia y generosidad—, me gustaría terminar estas líneas introductorias con una de las diapositivas que mostré a nuestros estudiantes en aquella primera edición del seminario³. La foto corresponde al crucero por Grecia organizado por el Hellenic Travellers' Club en 1939, durante el cual D'Arcy Wentworth Thompson disertaría sobre Aristóteles, los peces y los vientos griegos. Según relata su hija Ruth, su biógrafa, incluso la tripulación se apresuraba en sus faenas para poder escucharle. La cámara ha fijado la imagen de Thompson en Delfos. Es primavera y el risueño polímata, equipado con recipientes para sus especímenes, que le abultan además los bolsillos, ha encontrado un nido entre las ruinas.

3. Un año después, conoció una segunda, «Amor & Bestia», que reunió a figuras tan dispares como cómplices: entre ellas la del neurocientífico José María Delgado y el filólogo Francisco Socas, la pintora Silvia Cosío y el poeta César de Bordons, la filóloga Rosa Moreno Soldevila y de nuevo el traductor Miguel Cisneros Perales.



Thompson en Delfos.

Marcial asegura que un monumento verdaderamente impecadero —su poesía— verá caer fustes, capiteles y arcos del triunfo. Uno intuye que más durará el líquen sobre la piedra. La contemplación de la naturaleza devuelve algo así como un sentido de permanencia: como reza el verso de John Berger, el zorro es «siempre el mismo zorro y para siempre». La imagen de D'Arcy Thompson recogiendo muestras de vida silvestre entre las ruinas de Delfos me ha recordado el himno borgiano:

Esta mañana
hay en el aire la increíble fragancia
de las rosas del Paraíso.

HABLABAN CON LAS BESTIAS
APROXIMACIONES LITERARIAS
A LA HISTORIA NATURAL

DIECISÉIS HISTORIAS

MÍRIAM LIBRÁN MORENO

En este capítulo voy a contar historias protagonizadas por veinte aves relatadas por los antiguos griegos. Mencionaré leyendas, mitos o cuentos populares centrados en varios pájaros y trataré de desentrañar su sentido y si tiene alguna justificación en la realidad ornitológica. No es mi propósito escribir un tratado científico o didáctico sobre las especies, hábitats y etología de las aves en Grecia y Roma (hay excelente bibliografía en número más que suficiente para ello, algunas de cuyas referencias pueden encontrarse al final del libro), sino simplemente contar dieciséis historias de pájaros.

Antes de entrar en materia, me parece necesario dedicar un poco de espacio a presentar a algunos de los escritores griegos de las obras que voy a mencionar con más frecuencia, máxime porque, salvo alguna excepción, no están entre los más conocidos para el gran público.

La primera de nuestras autoridades es Aristóteles (384-322 a.C.), el famoso filósofo de Estagira. Antes de él, no se había hecho ningún estudio sistemático sobre la avifauna. Aristóteles se convirtió en pionero de la zoología y recopiló una ingente cantidad de material para su trabajo durante su estancia en la isla de Lemnos. Primordial en este aspecto es el tratado titulado *Historia de los animales*, en nueve libros, que dedica varios capítulos del libro IX (sobre cuya autoría hay dudas) a la nascente ciencia de la ornitología. Pese a irregularidades, absurdos y errores, sigue siendo la mejor obra antigua sobre pájaros y formó la base para trabajos posteriores, principalmente la *Historia natural* de Plinio el Viejo (I d.C.).

El siguiente escritor que menciono es Alejandro de Mindos, cuya obra desgraciadamente se ha perdido. Vivió en la primera mitad del s. I d.C. y compuso un tratado en tres libros sobre animales, dos de los cuales estaban dedicados a las aves. Sus observaciones son atinadas, meticulosas y realistas, por lo que es una auténtica desgracia que se haya transmitido fragmentariamente y de forma indirecta en *El banquete de los eruditos* del rétor Ateneo de Náucratis (II-III d.C.). Es, probablemente, el mejor ornitólogo de la antigüedad, por lo que su pérdida es muy de lamentar.

Plutarco de Queronea (46-119 d.C.), historiador, biógrafo y filósofo, es bien conocido como autor de las *Vidas paralelas*. Sin embargo, su obra no se agota ahí, sino que compuso en torno a sesenta tratados y ensayos sobre distintos temas, conocidos globalmente como *Tratados morales*. Uno de ellos es el titulado *Sobre la inteligencia de los animales*, que recopila ejemplos, algunos de validez sorprendentemente moderna, sobre la inteligencia, percepción y capacidad mental de los animales, entre ellos las aves.

El *Fisiólogo* es un texto didáctico cristiano de historia natural compilado por un autor anónimo en Alejandría en algún momento del s. II d.C., que recoge mucho material de paradoxógrafos anteriores, si bien con una interpretación cristiana. Consiste en una serie de descripciones de animales existentes (entre ellos, numerosas aves), criaturas fantásticas, piedras y plantas. Las entradas describen cada animal y posteriormente cuentan anécdotas de las que se derivan sus características simbólicas y morales.

Otro autor de importancia para el estudio de las aves en el mundo clásico es Claudio Eliano (170-235 d.C.), rétor profesional, autor de un tratado titulado *Sobre la naturaleza de los animales* en 17 libros. Eliano es un autor acrítico y derivativo (principalmente de Aristóteles). No incluye observaciones de primera mano y tiene una tendencia moralizante que le lleva a añadir coletillas absurdas a observaciones apreciables, pero su extensa

obra ha conservado preciosos fragmentos de historiadores naturales perdidos como Alejandro de Mindos.

Similar importancia tiene *Sobre la caza de las aves*, una paráfrasis bizantina en prosa de un poema didáctico perdido titulado *Sobre las aves* o *Sobre la caza*, atribuido a Dionisio de Filadelfia (117-138 d.C.) o Dionisio el Periegeta (s. II d.C.). Este poema combinaba información ornitológica sustancialmente correcta, narración mítica y material anticuario, pero la perspectiva de su autor es cinegética, no naturalista.

La última de las autoridades que presento es el *Ciranides*, una compilación en cinco libros de obras mágico-médicas de fecha indeterminada y atribuida al médico y astrólogo Harpocración de Alejandría y a un tal Cirano, rey persa. Incluye las propiedades y usos mágicos, alquímicos y médicos de gemas, plantas y animales, ordenados alfabéticamente. Se trata de un fárrago que conoció diversas alteraciones, añadidos, supresiones, recensiones y ediciones. Su transmisión textual encarna la definición de «migraña», pero es una obra fascinante.

1. EL CANTOR QUE VINO DEL FRÍO

Atenas, año 399 a.C. Sócrates espera que le lleven la cicuta en su prisión, rodeado por sus discípulos más cercanos. Para entretener sus últimas horas de vida, charla serenamente con sus amigos, tranquilizando sus miedos y apaciguando su dolor. El sabio no debe temer a la muerte; para persuadir a sus llorosos compañeros, cuenta una historia. Los cisnes de Apolo cantan antes de morir no por dolor o por miedo, porque ningún pájaro canta cuando está asustado, sino porque, dotados de la adivinación concedida por su divino dueño, barruntan que la muerte no es final, sino el principio de una vida más vida, sin penas ni sufrimientos. ¿Por qué debería Sócrates saber menos que ellos, o tener más miedo que ellos ante la muerte?

Por lo que parece me creéis muy inferior a los cisnes en cuanto a capacidad profética. Ellos, cuando llega la hora de morir, aunque ya cantaran antes, cantan justo ese día más y mejor, felices porque van a reunirse con dios al que sirven. Pero los hombres, por su propio temor a la muerte, calumnian hasta a los cisnes y afirman que lloran su muerte y cantan de tristeza. Y no se dan cuenta de que ningún pájaro canta cuando tiene hambre o frío u otro tipo de penalidad, ni el propio ruiseñor, ni la golondrina, ni la abubilla, cuyo canto, dicen, se debe al lamento y al dolor. Pero no me parece a mí que estas aves canten por dolor, ni tampoco lo hacen los cisnes; antes bien, como son, creo, criaturas de Apolo, tienen el don profético, y, como conocen de antemano los bienes que hay en el Hades, cantan y se regocijan en aquel día como nunca antes (Platón, *Fedón* 84e-85b).

La idea de la voz melodiosa del cisne y su último canto antes de morir, tan explotada en la cultura europea, tiene sus raíces en la literatura griega. El cisne como poeta, músico y cantor aventajado aparece, a menudo en compañía del ruiseñor y del alción, en los autores griegos hasta casi convertirse en un tópico literario que representa la propia labor literaria del poeta.

¿Por qué tiene el cisne naturaleza musical? Porque está consagrado a Apolo, dios de la música y la poesía, como muestra ya el *Himno homérico a Apolo* (1-3) en el s. VI a.C. («Febo, a ti también el cisne te canta melodiosamente con el acompañamiento de sus alas, saltando a la orilla junto a los vórtices del río Peneo»). La idea del último canto del cisne se documenta por primera vez en *Agamenón*, una tragedia de Esquilo estrenada en el 458 a.C. como parte de su trilogía *Orestía*. Tras diez años de lucha en Troya, Agamenón finalmente regresa a casa en Argos, a su esposa Clitemestra, a quien hace tiempo que no quiere. Agamenón vuelve acompañado de una cautiva troyana, Casandra, la profetisa que Apolo amó pero no pudo poseer. En el colmo de la insensibilidad, Agamenón espera que Clitemestra acoja con benevolencia a su amante. Pero Clitemestra lleva una década

rumiando su rencor y su venganza y finalmente acaba matando a su marido, añadiendo la muerte de la inocente Casandra como un postre, dice ella, para saciar su apetito. Poseída por el demonio de la raza, Clitemestra lanza sus burlas, exulta y se pavonea sobre los cuerpos de Agamenón y Casandra, como un cuervo sobre un cadáver. Pero durante unos segundos, en mitad de los insultos, del sarcasmo y del odio de Clitemestra, el poeta nos sorprende. Se asoma fuera de su personaje y esboza un breve pero sentido epitafio por la adivina, presa inocente e involuntaria del lazo fatal de la culpa de los hijos de Atreo. La amada inalcanzable de Apolo, el señor de los cisnes, canta su último treno justo antes de morir, igual que el ave del dios a quien rechazó. Esquilo toma posesión temporal de la voz de Clitemestra para despedir a Casandra:

Y la cautiva, la adivina, la que compartía el lecho con este, la fiel concubina, la que desgastaba por igual los bancos de los remeros. Los dos tienen lo que merecieron, el uno muerto así, y ella, como el cisne, después de cantar el último lamento de muerte, aquí está tendida, la amante de este (Esquilo, *Agamenón* 1443-6).

Para la mayoría de autores griegos, el canto del cisne era una realidad biológica en cuya existencia creía incluso el propio Aristóteles, tan circunspecto en todas las ocasiones:

[Los cisnes] son buenos músicos y suelen cantar sobre todo al final de sus vidas. En tales casos levantan el vuelo en dirección al mar. Algunos marineros que estaban costearo Libia se han topado en el mar con muchos de ellos, cantando con una voz llena de lamentos. También vieron que algunos de ellos estaban muriéndose (*Historia de los animales* 615a32-b2).

Pero ¿realmente canta el cisne antes de morir? Ya en la antigüedad algunas voces manifestaron su sospecha, como, por ejemplo,

Alejandro de Mindos, quien sostenía que había visto morir a varios cisnes y que nunca oyó que cantaran. Los zoólogos siempre han creído que se trataba de una fábula, una bonita ficción griega. Los motivos son los siguientes. De las varias especies de cisnes existentes en el mundo, los griegos sólo pudieron conocer dos: el cisne mudo (*cygnus olor*) y el cisne cantor (*cygnus cygnus*). El primero de ellos criaba en nutridos grupos en los grandes ríos y lagos del norte de Grecia, Macedonia, lo que es hoy Bulgaria y Rumanía y la parte norte de Turquía, mientras que el segundo era un visitante invernal no muy frecuente en el delta del río Ebro, en lo que es actualmente la Turquía europea. Los autores griegos, ayunos de la óptica de la que disponemos hoy en día, no parecían capaces de distinguir una de otra especie desde lejos. El cisne común o mudo (*cygnus olor*) tiene una voz ronca, siseante y amenazante, si bien el rítmico batir de sus alas durante su poderoso vuelo tiene una agradable sonoridad. La otra especie de cisne, el llamado cisne cantor (*cygnus cygnus*), ligeramente más pequeño que el mudo, tiene una voz melodiosa (para ser cisne) cuando está criando y emite notas semejantes a las de un clarín o trompeta en pleno vuelo. Pero, desde el punto de vista de un griego, acostumbrado a la voz del ruiseñor y que no apreciaba mucho el canto especialmente hermoso de otras aves como el petirrojo, el mirlo o la alondra ¿sería la llamada del cisne cantor suficientemente musical como para dar origen al mito?

Es difícil averiguar cómo se originó la leyenda del dulce canto del cisne moribundo. Hay dos teorías bastante plausibles, que parten de la propia confusión por parte de griegos y latinos entre las dos especies de cisnes. Grecia y Roma conocían al cisne común y al cantor únicamente como animales salvajes y lejanos, lo que dificultaba su observación. Según la primera de dichas teorías, los poetas grecolatinos confundieron el potente susurro rítmico de una bandada de cisnes mudos en vuelo con la propia voz de los animales, dado que el sonido de las alas de estas aves puede oírse con claridad a casi un kilómetro de distancia. Algo

parecido parece sugerir unos versos cantados por el coro de aves en la comedia *Aves* de Aristófanes (414 a.C.):

Así los cisnes (tiotiotiotiotinx) celebraban a Apolo haciendo resonar sus voces mezcladas con el sonido de sus alas (tiotiotiotiotinx), posados en las orillas del río Ebro (tiotiotiotiotinx). Su canto atravesó las nubes del cielo y alarmó a las diversas especies de animales. El cielo en calma apaciguó las olas (tiotiotiotiotinx) y el Olimpo entero resonó a su son. Los Soberanos se asombraron y las Gracias y Musas del Olimpo se hicieron eco de la canción (*Aves* 769-783).

Aristófanes (que no era mal ornitólogo) confunde aquí las dos especies: el cisne mudo, con su vuelo rítmico, y el cisne cantor, con su llamada musical. Sin embargo, hay una explicación más plausible, sobre cuya pista nos puso Dionisio al mencionar que el canto del cisne suena como el de una flauta:

Responden como eco a su canto [*sc.* del cisne] los escollos y los farallones. Son las más musicales de las aves que conocemos y las consideramos consagradas a Apolo. Su canto no es un lamento, como lo es el del alción, sino dulce como la miel, como si tocaran flautas o cítaras (*Sobre la caza de las aves* 2.19).

El científico alemán Peter Pallas (1741-1811), profesor de Ciencias Naturales en San Petersburgo y conocedor íntimo de la fauna de Siberia y el Paleártico oriental, desveló la entraña de verdad que se esconde en el mito en su libro *Zoographia Rosso-Asiatica*, publicado en tres volúmenes en la entonces capital rusa entre 1811 y 1831. En el volumen segundo Pallas describe que los rusos domestican a los cisnes cantores por su agradable voz, que resuena, dice, como si fuera un instrumento de plata. Y continúa al respecto: «Con respecto a lo que se dice del canto del cisne moribundo, no carece de todo fundamento, ya que cuando el cisne recibe una herida mortal y exhala su último aliento, emite un

sonido similar al salir el aire de la tráquea, y “así, cuando lo llama el hado, derrumbado sobre la hierba húmeda, junto a los vados del río Meandro canta el cisne blanco”».

La tráquea del cisne cantor, a diferencia de la del cisne mudo, está llena de cavidades, huecos y ángulos. El aliento postrero del cisne cantor moribundo, al escapar de los pulmones a través de los recovecos de su tráquea, suena como el lamento de una flauta. Peter Pallas no pudo evitar deslizarse en su seca descripción una alusión sentida a dos versos de Ovidio (*Heroidas* 7.1-2): Dido, abandonada y decidida a darse muerte, escribe una última misiva al traidor Eneas. La última carta, la última queja, el canto último del cisne.

El cisne cantor es un migrante invernal infrecuente en el norte de la península de los Balcanes, a donde llega desde sus territorios de cría en Rusia. Son famosos varios «lagos de los cisnes» en este país; el más célebre de ellos, el lago Svetloye, el Lago Transparente, en la región siberiana de Altái Krai, donde se reúnen más de 350 cisnes cantores en invierno, para delicia y maravilla de habitantes y turistas. Lo infrecuente que sería para un griego escuchar el último aliento de uno de estos visitantes del norte justificaría tanto la creación de la leyenda como la astuta observación de Alejandro de Mindos en el sentido de que nadie nunca había oído a un cisne (mudo) cantar.

Esta procedencia norteña y la rareza de los cisnes cantores encaja además, como si fuera la última pieza de un rompecabezas, con la descripción mitologizada que dan los autores griegos de ellos. Grandes bandadas de cisnes moraban junto al mítico río Erídano en el país de los Hiperbóreos, más allá de la morada del viento del Norte, junto a los montes Ripeos (quizá un recuerdo nebuloso de los propios montes Urales). Allí cantaban y bailaban en torno al templo de Apolo:

Los poetas e historiadores celebran la raza de los Hiperbóreos y los honores que tributan a Apolo [...] El dios tiene allí como sacerdotes a los tres hijos del viento del Norte y de Quíone, de casi tres metros

de estatura. Cuando tienen que celebrar los ritos habituales en honor del dios, desde los montes Ripeos descienden nubes de cisnes, incontables, que, tras trazar círculos sobre el templo como si quisieran purificar el aire con sus alas, aterrizan en el precinto del templo, un área de tamaño inmenso y enorme belleza. Cuando los músicos cantan sus himnos al dios y los arpistas acompañan el coro con la armonía de su música, también los cisnes, con una sola voz, se unen al canto y no dejan escapar ninguna nota discordante o desafinada, sino que como si el director de orquesta les hubiera dado la orden cantan al unísono con los naturales del país duchos en entonar las melodías sagradas. Cuando termina el himno, los coristas alados, tras cantar y celebrar a Apolo durante todo el día, se marchan (Claudio Eliano, *Historia de los animales* 11.1).

Así, el canto del cisne es la última voz, semejante a una flauta, del cisne cantor moribundo, el servidor de Apolo que arriba a Grecia en invierno desde el país más allá del viento del Norte, dotado de la capacidad musical del dios al que honra: el cantor que vino del frío.

2. AVES DE TERROR

Como sexto de sus trabajos, Heracles recibe un encargo aparentemente extraño de su pariente y enemigo Euristeo, rey de la Argólide: debe acercarse a la laguna Estinfálide, en Arcadia, y limpiarla de unas aves que la habían ocupado. La laguna estaba protegida por bosques densos y por muros de vegetación lacustre. Numerosas especies de aves se refugiaban en la vegetación buscando la seguridad de los carrizos. Pero Heracles rápidamente se dio cuenta de que tenía un problema: las aves estaban ocultas y sus flechas eran inútiles contra ellas. Atenea, una vez más, acudió en auxilio de su protegido y le dio una carraca de bronce que el dios herrero Hefesto había fabricado específicamente

para él. Al hacerla sonar desde una colina al lado del lago, el héroe asustó a las aves, que salieron volando espantadas desde sus escondites. Heracles aprovechó ese momento para matarlas con sus flechas. Los pájaros supervivientes consiguieron huir a la isla de Aretías (modernamente, la isla turca de Giresun) en el mar Negro, donde volvieron a encontrárselas los Argonautas en su expedición en busca del vello cino de oro. Es decir, se desplazaron unos 1.400 kms. con respecto a su hábitat original.

Pero ¿cómo iban a ser unas simples aves lacustres bestias peligrosas a la altura del león de Nemea, la hidra de Lerna, el perro del Infierno o el jabalí de Erimanto, víctimas forzosas de otros tantos trabajos de Heracles? Hay que reconocer que limpiar de pájaros una laguna parece un poco anticlimático si lo comparamos con tales monstruos.

En realidad, las aves de la laguna Estinfálide no eran unas simples aves lacustres: eran depredadores voraces, capaces de matar a seres humanos con sus picos y sus plumas de bronce, que lanzaban como si fueran saetas. Así las describen Pausanias el periegeta (II d.C.), autor de la que puede considerarse la primera guía de viajes de Grecia de la historia, y el escoliasta anónimo al poema épico *Argonáuticas* de Apolonio de Rodas (III a.C.):

Dice una historia que en el lago Estinfálide había unas aves antropófagas que se alimentaban sobre sus aguas y que Heracles las mató con sus flechas. [...] El desierto de Arabia cría otras muchas fieras y las aves llamadas de Estinfálide, no más mansas con respecto a los hombres que los leones y los leopardos. Estas aves se abaten volando sobre quienes se acercan para cazarlas y los hieren y matan con sus picos [...]. De tamaño son como una grulla, pero se parecen a los ibis, aunque sus picos son más robustos y no curvados como los de los ibis (Pausanias 8.22.4-5).

La isla se llama «De Ares». En esta misma isla vivían las aves de Estinfálide, a las que Heracles desplazó desde la ciudad de Estínfalo

en Arcadia. [...] Esta isla tiene como habitantes aves que lanzan sus plumas como si fueran flechas (escoliasta anónimo a Apolonio de Rodas, *Argonáuticas* 2.282-4).

Es lógico pensar que estas aves mortíferas, auténticas encarnaciones míticas de las prehistóricas Aves del Terror (pertenecientes a la extinta familia de las *Phorusrhacidae*, grandes aves terrestres carnívoras y depredadoras), sean producto, una vez más, de la desbordante imaginación griega y su fascinación con los monstruos. Pero ¿y si no lo son? ¿Y si en realidad son una elaboración fantástica de un animal existente? ¿Puede ser que tengamos a las aves de la laguna Estinfálide entre nosotros y no lo sepamos? No hace falta ser criptozoólogo para sospechar que puede ser así.

De las fuentes griegas y latinas que hablan sobre estos peligrosos pájaros se pueden extraer algunos datos ornitológicos que quizá ayuden en la identificación. Son aves nadadoras y lacustres, gregarias, que vuelan en enormes grupos y son capaces de migrar largas distancias sobre el mar. Tienen una dieta de plantas y viven o se refugian en la vegetación a orillas del lago. Son altas y robustas y tienen un pico poderoso. Hacen daño con sus plumas. Son también muy peligrosas: pueden atacar al hombre y aun convertirlo en su presa, ya que ocasionalmente son antropófagas.

Pero aún hay más. Algunas pinturas vasculares griegas que ilustran los trabajos de Heracles muestran a las aves de la laguna Estinfálide con aspecto de cisnes, esto es, como aves acuáticas de gran tamaño y corpulencia, cuello largo y alas potentes que se abaten sobre Heracles. Si bien indudablemente las aves de la laguna Estinfálide son animales legendarios, puede haber un núcleo de verdad en esta leyenda, basado en la observación lejana de un grupo de cisnes (cantores o mudos o ambas cosas) en su hábitat natural, una laguna. Estos animales comparten los siguientes rasgos con las míticas aves de la laguna Estinfálide: